



HOY ES SUEÑO TODAVÍA. PUBLICACIONES ANARQUISTAS DE QUIOSCO EN LA II REPÚBLICA / TODAY IS STILL A DREAM. ANARCHIST NEWSTAND PUBLICATIONS IN THE II REPUBLIC

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA
IES Arjé

Recibido: 31/05/2022

Aceptado: 13/12/2022

Resumen: Más de medio siglo antes de la proclamación de la II República, el movimiento anarquista español había promovido un modelo cultural alternativo, específicamente proletario, que tuvo en las publicaciones periódicas una de sus mejores manifestaciones. Aspirando a una revolución a largo plazo, basada en la capacitación intelectual de las masas y en una conciencia de clase opuesta al capital, las publicaciones anarquistas fueron fundamentales en la agitación obrera que acabó por quebrar la monarquía en 1931. No obstante, durante la República, se fueron infiltrando de intereses económicos y partidistas que precipitaron finalmente la crisis de este modelo cultural. El presente artículo, basándose en ejemplos editoriales, analiza las claves de aquel proceso.

Abstract: More than half a century before the proclamation of the Second Republic, the Spanish anarchist movement had already promoted an specifically proletarian model of culture which had in the newspapers publications one of its best expressions. Aspiring to a long term revolution based on intellectual education of the masses and class consciousness opposed to capital, anarchist publications were instrumental in the workers' uprising that overthrew the monarchy in 1931. However, during the government of the Republic, these publications became polluted by economic and partisan interests that finally hasten the end of this model. Using editorial examples, this article analyses the keys of that process.

Palabras clave: Anarquismo, cultura obrera, publicaciones periódicas, II República, CNT-FAI

Key words: Anarchism, working culture, newspapers publications, Second Republic, CNT-FAI.

Civantos Urrutia, Alejandro. «Hoy es sueño todavía. Publicaciones anarquistas de quiosco en la II República». *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*, 6 (diciembre 2022): 121-145. DOI: <https://doi.org/10.15366/crrac2022.6.007>. ISSN: 2530-8238

«Hoy es sueño todavía.
Mañana será realidad».

Alicio Garcitoral, *La fábrica*

La revolución subterránea o el libro anarquista antes de la II República

A la llegada de la II República, el movimiento editorial libertario representaba un modelo absolutamente consolidado, además de una alternativa ciertamente molesta para el *establishment* editorial español, que se adaptaba a duras penas a la revolución que para precios, formatos o distribución habían supuesto las publicaciones ácratas. Tanto es así que «el fenómeno editorial y literario más relevante del pasado siglo» no fue «el impresionante aluvión de novelas cortas distribuidas a través de los quioscos de prensa» que desató *El Cuento Semanal* impulsado por Eduardo Zamacois en 1907 (Santonja, 1994: 9), sino más bien estas humildes colecciones de folletos obreros (ellos las llamaban «Bibliotecas») que, sin pedigrí alguno, se le habían adelantado más de treinta años. Y lo fue, sobre todo, porque no se trató sin más de una transformación de las estructuras de producción y divulgación de textos escritos, o una mayor facilidad de acceso a ellos, sino de un completo cambio del concepto de cultura, que «dejaba de ser la honesta preocupación por la “instrucción” y pasaba a ser conciencia de que la cultura no podía sustraerse a la lucha de clases y, en su marco, a la clase que luchaba por la libertad y la justicia» (Mainer, 1986: 54).

Y es que, en efecto, para el proletariado más consciente de finales del siglo XIX, tanto la prensa como las publicaciones más o menos culturales de entonces no eran sino instrumentos al servicio de la clase dominante. Los primeros lectores obreros, desertores recientes y heroicos del analfabetismo, no solo no se reconocían en las publicaciones del momento, sino que descubrieron con estupor y de manera más o menos intuitiva que, para la consolidación de las estructuras de dominación social, tanto o más importante que el ejercicio de la fuerza era la reproducción a través de la cultura de los intereses de la clase burguesa, de manera que acabara produciéndose «un consentimiento espontáneo de las grandes masas de población a la dirección impresa a la vida social por el grupo fundamental dominante» (Gramsci, 1973: 35). O, como expresará con crudeza el periodista A. Habaru en las páginas de *Nueva España*, que «la cultura era un sistema de valores

erguido contra el proletariado» (Habarú, 1930: 5). Los anarquistas, al menos, lo entendieron siempre así, en la medida en que no se trataba ya tan solo de que el acceso al libro fuera dificultoso por precio, o por complejidad intelectual, sino de algo mucho más grave; se trataba de que la cultura, como tal ente, había negado siempre al obrero como sujeto histórico. Más: que la cultura era un producto «de clase» y, por lo tanto, no había más remedio que construir otro modelo en el que poder reconocerse y reivindicarse como unidad histórica, algo que sería imposible de continuar consumiendo los productos culturales de la burguesía.

La polémica sobre la posibilidad de un arte proletario era, sin duda, antigua y pervivió incluso en pleno auge del Naturalismo, que empezó, en cierto modo, a ocuparse más visceralmente de la cuestión social. Josep Lluas, en su prólogo de 1893 a la novela obrera *Justo Vives*, de Anselmo Lorenzo, la abordó en sus justos términos, al distinguir entre una literatura de autoría burguesa que mostrara la terrible situación social de la clase trabajadora, como ya hacían en ocasiones López Bago, Pardo Bazán o Galdós, y otra, de autoría proletaria, que mostrase el origen social de esa miseria, subrayando el conflicto antagónico entre clases sociales y las formas de emancipación del proletariado. La primera, en su opinión, sostenía un discurso moral y sería reformista todo lo más, pero connivente con el sistema; la segunda, sin embargo, tendría un discurso político y sería verdaderamente revolucionaria (Lluas, 1893: 7-19; Vicente Hernando, 2018: 6-7 y 17-18).

En consecuencia, para los libertarios del cambio de siglo se imponía crear un modelo alternativo que no solo dotara de recursos intelectuales al hasta entonces marginado lector obrero, sino que impulsara su conciencia de clase. Y lo hicieron en todos los escenarios, de ahí la infinidad de escuelas racionalistas, de ateneos obreros o de bibliotecas populares que surgieron entonces. Su proyecto formativo se entendía siempre a largo plazo, como base de una lenta concienciación de los trabajadores, y no tenía objetivos políticos inmediatos, pues se trataba de la capacitación intelectual del obrero para emprender sus propias luchas, llegado el momento, libre de matrimonios de conveniencia con intelectuales, líderes o políticos ajenos a su extracción de clase. De hecho, las más importantes publicaciones proletarias eran iniciativas particulares, de grupos de afinidad, cooperativas o escuelas obreras, y se encontraban totalmente al margen del control orgánico de los sindicatos (Navarro, 2004: 236), pues los promotores del libro obrero eran por lo general muy celosos de su independencia y autónomos de cualquier directriz. Además, contra la común creencia, el libro anarquista fue por lo general bastante ecléctico, dado que lo que pretendía era formar al obrero en el pensamiento avanzado, sin etiquetas, de manera que marxistas, bakuninistas,

socialistas, comuneros o blanquistas compartían espacio sin pudor en un común esfuerzo por arrancar a los trabajadores de la interesada ignorancia a la que se encontraban sometidos por la clase hegemónica. Se aspiraba así a una formación integral del obrero buscando una síntesis superadora del pensamiento de izquierda y, probablemente también, la unidad del movimiento obrero en su lucha contra las formas de vida burguesas.

Parte fundamental de ese entramado fue la prensa obrera, de la que existen manifestaciones desde 1855 y, ya de una manera más consolidada, en torno a la I Internacional¹. Para los ácratas del último tercio del siglo XIX, la prensa burguesa era sinónimo de manipulación y no ahorraron adjetivos para definirla. El periódico *La Nueva Idea*, por ejemplo, afirmaba orgullosamente en su número 1 de 1895 que «no hallarán en él las galanuras literarias y las flores de retórica que abundan en la prensa burguesa..., la prostituta que se vende a cualquiera por dinero». Por su parte, el semanario *Juventud* definía en 1903 la prensa establecida como «la podrida, exposición magnífica del cretinismo intelectual de quien de su pluma hace herramienta de embrutecimiento y tiranía» (cit. en Litvak, 2001: 215). Primera cartilla de lectura para muchos trabajadores, pero también palanca de Arquímedes de la conciencia de clase proletaria, la prensa obrera, con frecuencia, no solo fue beligerante contra los «prostituidos» periódicos producidos por la burguesía, sino también supo apostar por nuevas modalidades, que podríamos definir sin exageración como «antisistema», en las que el lector obrero encontraba un modelo más acorde con sus intereses y su propia realidad social, podía informarse de temas habitualmente orillados por la prensa tradicional, en un lenguaje más asequible, e incluso podía expresarse él mismo en páginas impresas, algo inconcebible antes de esta explosión de periódicos ácratas. Además, dando cabida en sus páginas a trabajadores del campo o de la mina, o proponiendo como firmantes de los artículos a «un viticultor», «un zapatero» o «un jornalero» se ensanchaba la fuerte base colectiva del proyecto cultural proletario y se intentaba eliminar las diferencias entre el escritor y los seres humanos a los que se dirige, que era, en opinión de Tolstoi, la misión del arte verdadero (Tolstoi, 2017: 189).

Con objeto además de incrementar la difusión de conocimientos entre la clase obrera para que «dispusiera de un bagaje cultural, científico y técnico que la permitiera organizar adecuadamente la futura sociedad revolucionaria» (Navarro,

¹ La más antigua cabecera de este tipo de la que se tiene noticia es *El eco de la clase obrera*, semanario editado en Madrid entre agosto de 1855 y febrero de 1856. La consolidación, no obstante, de este nuevo modelo de prensa llegó con *La Federación*, editado en Barcelona entre 1869 y 1874, o los madrileños *La Emancipación* (1871-1873) y *El condenado* (1872-1873). Vid. catálogo completo en Madrid (1989).

2004: 220), surgieron como complemento de la prensa obrera numerosas revistas sociológicas, algunas de las cuales llegaron a alcanzar gran prestigio incluso entre lectores ajenos al proletariado. Las barcelonesas *Acracia* (1886-1888) y *Ciencia Social* (1895-1896) o la muy longeva *Revista Blanca*, dirigida inicialmente en Madrid por Federico Urales entre 1898 y 1905, llenaban sus páginas con artículos de sociología, economía, ciencia o historia proponiendo a sus lectores temáticas de largo alcance que hasta entonces se le habían escamoteado y mostrando asimismo que el espíritu revolucionario iba más allá de lo meramente propagandístico para buscar la verdadera emancipación intelectual de los trabajadores. Asimismo, conviene destacar que, como muestra preclara de su ambición *antiestablishment*, tanto las revistas sociológicas como la prensa obrera «prescindieron voluntariamente de uno de los más saneados ingresos de la prensa periódica: los anuncios publicitarios» (Madrid, 1989: 20), pero, en cambio, todas contaban por lo general con servicios de librería y distribución de publicaciones que consideraban relevantes para la formación de ideas entre su militancia y, con notable frecuencia, se esforzaron incluso por disponer de recursos editores que les permitieran publicar ellos mismos los textos más significativos. Se trataba en toda regla de una revolución de la lectura, toda vez que «el proceso activo y consciente de leer un libro era uno de los actos ideológicos más importantes que podía realizar un militante, trascendiendo la concepción del ocio para representar un proceso de consciencia intelectual» (Lora, 2018: 336) que no solo acabara con la ignorancia o el analfabetismo social, sino que permitiera definitivamente a los obreros «erigirse en sujetos activos de su propio discurso» (Lora, 2018: 336).

En lo que a nosotros respecta esto es, sin duda, lo más notable de aquella revolución editorial proletaria que debía preceder a la revolución verdadera. En primer lugar, por la transformación que hicieron del concepto formal de libro, que se convertía ahora en cuadernillos y fascículos coleccionables, en almanaques obreros, en postales o en folletos, con los que se pretendía en cierta medida recuperar los valores plebeyos de la vieja literatura de cordel. Formatos económicos, manejables, fáciles de ocultar si la situación era comprometida; modestos productos de quiosco o de reparto callejero, sin ningún tipo de prestigio o de pedigrí intelectual, lo que reforzaba su carácter subversivo. Se trataba, en fin, de productos culturales absolutamente *underground*, que rechazaban incorporarse a las librerías, consideradas templo de la cultura burguesa, y reivindicaban sin sonrojo su condición marginal. Muchos de ellos surgieron incluso en zonas agrarias o enclaves rurales totalmente desconectados de la vida editorial del momento. A menudo se trató sencillamente de colecciones de monografías, que

solían denominarse «bibliotecas», en la medida en que aspiraban a suplir los espacios formativos de las clases dominantes. La mayor parte de ellas estaban vinculadas a un periódico y, a veces, a una escuela obrera o a un grupo de afinidad libertaria, que se servían de pequeñas imprentas o editoras para la difusión de textos de cualquier tipo que escaparan del *mainstream* cultural, afrontando nuevas temáticas o planteamientos desde una perspectiva proletaria. Por lo general, estas experiencias fueron efímeras o de muy escaso catálogo, épica de muchas de estas aventuras editoriales; otras, en cambio, tuvieron andaduras más prolongadas y acabaron consolidándose como alternativas solventes al *establishment* editorial de su tiempo.

La más antigua de todas es, probablemente, la «Biblioteca de los Obreros», iniciada en Madrid en 1871 y asociada al periódico *El Condenado*. En 1881 tenemos la «Biblioteca del Proletario», impulsada por la madrileña *Revista Social*. En A Coruña, desde 1890, se edita la «Biblioteca de El Corsario», vinculada al periódico del mismo nombre, editado por el grupo ácrata «Ni Dios ni Amo». En Barcelona tenemos desde 1901 funcionando la «Biblioteca de La Huelga General», sostenida, como complemento a su Escuela, al igual que más adelante Publicaciones de *La Escuela Moderna*, por el maestro racionalista Francisco Ferrer i Guardia, la víctima más ilustre de la Semana Trágica. También en Barcelona en 1903 se edita «Biblioteca Juventud Libertaria» y, desde 1906, la muy importante «Biblioteca de Salud y Fuerza», colección de folletos asociada a la revista neomalthusiana del mismo nombre. Las zonas de mayor influencia de este tipo de publicaciones fueron Cataluña, Levante y Andalucía. Solo en esta funcionaron desde 1903, en Sevilla, la «Biblioteca Económica» y, en Jerez, «Biblioteca El Despertar del Terruño» y, más adelante, la «Biblioteca de Cultura Obrera». En Córdoba, la «Biblioteca Recreativa de Propaganda Sociológica», de 1913, que editó únicamente obras de la planchadora y activista ácrata Rafaela Salazar. En Ronda, «Los Nuestros» y en Linares «Luz y Vida». En el núcleo minero cordobés de Pueblonuevo del Terrible se editó desde 1919 *Renovación Proletaria*. Por su parte, la muy célebre «Biblioteca del Obrero» se publicó entre 1913 y 1936 como complemento a la escuela obrera que su fundador, José Sánchez Rosa, regentaba en una barriada marginal sevillana. Ya más adelante, en los años veinte, funcionaron la barcelonesa Publicaciones de *La Revista Blanca*, que albergó colecciones tan populares como «La Novela Ideal» o «La Novela Libre», o la valenciana «Biblioteca de Generación Consciente», asociada a la revista científica y cultural libertaria del mismo nombre. Por volumen de publicaciones, acaso las más importantes fueron la «Biblioteca Tierra y Libertad» de Barcelona, que empezó a editarse en 1912

y funcionará, con intermitencias, hasta el final de la Guerra Civil, y «Biblioteca Acracia» de Tarragona, que se mantuvo entre 1918 y 1923.

La distribución fue otro de los aspectos centrales de esta revolución editorial. El libro obrero no se vendía nunca en librerías, consideradas escaparate principal de la prostituida cultura burguesa. Se vendía principalmente en quioscos, regentados muy a menudo por militantes anarcosindicalistas², donde su volumen de ventas fue muy elevado, si bien es cierto que estos puntos quedaban limitados a las grandes ciudades y la vocación del libro obrero era llegar a todas partes. Para ello se utilizaron sistemas como la venta contra reembolso, lo que hoy llamaríamos el *crowdfunding* o publicaciones prefinanciadas mediante suscripción, intercambios entre sociedades, escuelas y grupos obreros y, sobre todo, la venta mediante paqueteros, suerte de corresponsales sin ánimo de lucro, obreros de cualquier ramo, que recibían los «paquetes» de folletos en su casa y se encargaban de llevarlos a sus lectores dondequiera que estuviesen: a los cinturones industriales, a las gañanías y hazas de labranza, a los núcleos mineros o los portones de las fábricas, lo cual les permitía no solo burlar el control policial o la rutina del *establishment*, sino llegar a cualquier rincón de la geografía nacional. Cada una de estas pequeñas editoras disponía de este tipo de agentes en cualquier lugar de España y algunas disponían de ellos hasta en el extranjero, gracias a los núcleos de emigración (Soriano y Madrid, 2016: 29-31).

La política de precios fue igualmente revolucionaria, pues las publicaciones anarquistas carecían totalmente de interés pecuniario. En eso, como en todo, pretendían ser anticapitalistas. Casi todas estas iniciativas fueron deficitarias, razón de que algunas perduraran muy poco en el tiempo, y rara vez daban para sobrevivir a sus impulsores, que vivían más bien de su trabajo en escuelas, minas, fábricas o talleres. A menudo se cobraban solamente los costes; otras publicaciones eran de difusión gratuita o aportación voluntaria; algunas editoras obreras incluso destinaban los ingresos a sostener alguna huelga, al mantenimiento de las viudas de los caídos por la represión, o a los comités propresos. No obstante, sus bajos precios hacían por lo común muy competitivas estas publicaciones, que iban destinadas, por otra parte, a los bolsillos más modestos. La media de precios de un volumen convencional en el cambio de siglo era de en torno a cuatro pesetas, algo del todo prohibitivo si tenemos en cuenta que un jornalero agrícola apenas llegaba a las tres pesetas en tiempo de cosecha, y que un peón de albañil en una gran ciudad apenas cobraba cuatro en torno a 1900 (Tuñón de Lara, 1977, I: 277-

² De ello nos ha dejado formidable ejemplo novelado Ramón J. Sender en su *Crónica del Alba*, a través del muy letrado personaje del quiosquero Ángel Checa.

282). La media de precios de un folleto anarquista, en cambio, rondaba los 20 céntimos y fue bastante estable durante más de treinta años. El lector interesado podía leer las 48 páginas de *Entre Campesinos* de Malatesta por 15 céntimos en 1889, en su primera edición española, y seguía pagando lo mismo en 1920 cuando «Biblioteca Tierra y Libertad» lo reeditaba por enésima vez.

En lo concerniente a las temáticas el giro fue también copernicano, pues el esfuerzo de formación integral de la clase obrera al que aspiraban no conocía límites ni se dejaba amedrentar por los tabús. Pequeños ensayos o conferencias, testimonios o crónicas noveladas fueron afrontando cuestiones absolutamente insólitas en el panorama editorial de su tiempo como la profilaxis o el control de la natalidad, que fue el tema central de «Bibliotecas» como «Generación Consciente» o «Salud y Fuerza», que en 1906 editaba, por ejemplo, *¡Huelga de vientres!*, de Luis Bulffi, que llegaría a convertirse en un clásico de la literatura anticonceptiva con sus casi veinte ediciones en distintas colecciones ácratas. O el pacifismo, que fue abordado entre otras por Biblioteca de la Huelga General, que publicó en 1903 el perseguidísimo *Manual del soldado*, implacable denuncia del engranaje económico del patriotismo, que fue también todo un éxito traducido incluso al esperanto. El feminismo fue otro tema recurrente en el mundo editorial libertario y también contó con sus textos de referencia, como *La mujer esclava* (1907), de René Chauguí, o *Feminismo Racional* (1911), de Alejandra David, ambos publicados por Salud y Fuerza en Barcelona. Fue muy frecuente asimismo la creación de textos formativos para los trabajadores, como la célebre trilogía, de José Sánchez Rosa, *La Aritmética del obrero* (1909), *El abogado del obrero* (1912) y *La Gramática del obrero* (1929), o la *Enciclopedia de Enseñanza Popular Superior* que proyectó Publicaciones de *La Escuela Moderna* en quince volúmenes y quedó inconclusa. También cuentan en el haber de esta editorial los primeros intentos de Historia Social o «desde abajo» que se publicaron en nuestro país, siendo el más notable de ellos *El Hombre y la Tierra*, de Eliseo Reclús, que «La Escuela Moderna» editó en fascículos entre 1906 y 1909 hasta alcanzar los seis tomos con más de 3500 páginas, 200 mapas y más de 1000 grabados, un esfuerzo encomiable admirado lo mismo por obreros que por intelectuales consolidados. Y más: textos sobre ciencia, naturismo, vegetarianismo y medicina natural, sobre derecho laboral, economía o cooperativismo. Y también textos que, en un sentido amplio, pudieran considerarse literarios: escenas de teatro proletario, novelitas que trataban de desvelar las mentiras sociales, como la ya citada *Justo Vives*, de Anselmo Lorenzo, publicada en 1893 por Biblioteca de *La Tramontana*, la infinidad de cancioneros revolucionarios, o el legendario poema

épico anticlerical *¿Dónde está Dios?*, de Miguel Rey (1889), con sus 26 ediciones documentadas.

Y aún más importante que la revolución de las temáticas fue la de los autores. Para los anarquistas un escritor podía —y, de hecho, debía— ser cualquiera. Autores sucios o «impuros», procedentes de talleres y latifundios, que se expresaran como la gente de a pie y rechazaran el engolfamiento formal y el culto a la belleza que caracterizaban las publicaciones del enemigo de clase. Intelectuales del mundo del trabajo que aspiraran en definitiva a la verdad de un «arte sin arte», en el que, como expresó con gran belleza Felipe Aláiz, «el hombre no debe hablar como un libro abierto, sino que el libro abierto ha de hablar como un hombre» (Aláiz, 2012: 5). Y, sorprendentemente, un nuevo y extraño olimpo de escritores proletarios fue dando forma a esta revolución editorial que venimos comentando. Ahí está el caso de Elías García Segarra, ferroviario en el norte y autor de interesantes narraciones a medio camino entre lo callejero y lo lírico para colecciones como «La Novela Roja» o «La Novela Ideal»; José Sánchez Rosa, zapatero en Cádiz y luego editor y maestro racionalista, autor de la célebre *Aritmética del Obrero*; la planchadora cordobesa Rafaela Salazar; la modista Carmen Paredes, editora de «Biblioteca Acracia»; el mecánico bilbaíno Galo Díez; o el minero onubense Higinio Noja, autor de la excelente novela *Los sombríos* sobre los trabajadores de las minas de Río Tinto. Autores si acaso de poco mérito si se les medía desde los interesados patrones de la cultura burguesa, pero profundamente valiosos si se cambiaba el marco de referencia.

No cabe la menor duda de que el florecimiento de este tipo de publicaciones periódicas, y el cambio de paradigma cultural que propugnaban, fue esencial para la capacitación intelectual del movimiento obrero español y también para la toma de conciencia de su poder de clase. Consecuentemente, estuvieron sin duda en la base de la fuerte agitación proletaria que precedió al colapso de la monarquía, pero también fueron fuente de inspiración para las corrientes más radicales de la izquierda política burguesa, que en aquel momento de crisis del régimen empezaban a hacer acto de aparición.

Morir de éxito o el libro anarquista en la II República

Como venimos viendo, a la llegada de la II República este modelo editorial estaba ya muy consolidado y había conseguido exceder incluso el ámbito del mero lector proletario. Buena prueba de su éxito es que algunas editoras comerciales se hicieron

con los derechos de «bibliotecas» obreras. Es el caso de la editorial catalana Maucci, que compró los de Publicaciones de «La Escuela Moderna», y reeditó, de hecho, con renovado éxito, títulos como *El Hombre y la Tierra*, de Reclús, o la colección divulgativa «Los Grandes Pensadores». Asimismo, la influencia del proyecto editorial anarquista fue especialmente fuerte en las llamadas «editoriales de avanzada», promovidas por la izquierda radical republicana, que tomaron del libro obrero las nuevas temáticas, por ejemplo, algunos de sus formatos económicos, o los novedosos métodos de distribución de sus predecesores (Civantos, 2017: 177-275). Sin ir más lejos una editorial como Cénit incluía en su catálogo colecciones de «Crítica Social», de «La novela de la Guerra», «La novela proletaria», de «Teatro político» o de «Las realidades del capitalismo», fórmulas previamente ensayadas, de manera más precaria, por las editoras obreras. Pero aún más: editó unos cuentos Cénit para niños bajo el modelo de las lecturas racionalistas para la infancia, e impulsó colecciones de folletos económicos a la usanza ácrata como «Cuadernos mensuales de documentación políticosocial», una «Biblioteca de vulgarización médica» o unos «Cuadernos de cultura proletaria», en los que apareció publicado *El Capital* de Marx en treinta cuadernillos quincenales de 32 páginas (Santonja, 1989: 77-95).

De hecho, en no poca medida, podría afirmarse, confirmando el refrán, que fue precisamente el éxito del modelo editorial proletario el que precipitó su caída en desgracia, en tanto en cuanto, sobre todo durante la II República, comenzó a infiltrarse de intereses comerciales, convertida ya en garantía de buenas ventas la coetilla «obrero», «roja» o «proletaria» asociada a cualquier colección periódica, y de intereses políticos más inmediatos, sobre todo del republicanismo radical y luego el comunismo. Todo lo cual fue adulterando el arcádico modelo original, que aspiraba sin más a la emancipación intelectual del obrero de cualquier dirigismo externo a la «clase», con vistas a una revolución futura y además necesariamente postergada hasta que se consolidase la formación de las masas.

Hubo, desde luego, algunas supervivientes de lo que podríamos llamar la edad de oro del libro obrero, como «Biblioteca Tierra y Libertad», que había empezado a funcionar como editora de folletos a finales de 1911, impulsada en Barcelona por el grupo «4 de Mayo». Tras la fuerte represión gubernamental, que se incautó de su imprenta en 1922, no volverá a ponerse en funcionamiento hasta octubre de 1931, convertida ahora en «Editorial Tierra y Libertad». En esta segunda etapa, republicana, la editorial se centró básicamente en las reediciones de su bien nutrido catálogo e incluso lanzó algunas series nuevas de folletos, como los «Cuadernos de Educación Sexual» (1935) —en colaboración con editoriales

comerciales como Guilda de Amigos del Libro y Maucci — y, sobre todo, «Cuadernos de Educación Social» (1935-1936) en la que albergaban pequeños volúmenes de 32 páginas en formato 18x13, y a precio de entre 25 y 50 céntimos. En esta serie se combinaban títulos ya legendarios de la edición ácrata como *¿Dónde está Dios?*, de Miguel Rey, que atribuían curiosamente a Bécquer, o *Las doce pruebas de la inexistencia de Dios*, de Fauré, que aparecían junto con novedades como el libro del prerrafaelita William Morris *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir*, o la primera edición de *El comunismo libertario*, de Isaac Puente. Junto a ellos, curiosidades como *La química contra la humanidad*, de Diego Ruiz, o *El cine bajo la svástica*, de Mateos Santos Cantero. Con sede en calle Unión 7 de Barcelona, la editorial se convierte finalmente en órgano de la FAI a partir de noviembre de 1937, en plena contienda; se colectivizan los Talleres Gráficos Costa de Barcelona bajo el nombre de Unió Gráfica Cooperativa Obrera, y cambia su nombre a «etyl», las siglas en minúscula de editorial Tierra y Libertad, que se presenta ahora como «editorial unificada del movimiento libertario». La flamante nueva editorial, surgida en un contexto de grandes tensiones con el comité catalán que la había gestionado hasta entonces, lanzó la revista *Timón*, dirigida por Diego Abad, de la que solo salieron seis números, y dos colecciones en las que, paradójicamente, apostaba por el formato de libro tradicional, cuando acaso más necesario era retornar a la audacia de las viejas publicaciones proletarias. Así, «Pequeña Biblioteca Sociológica», con textos siempre de más de 100 páginas y precio en torno a 1 o 2 pesetas, o la lujosísima «Biblioteca Universal de Estudios Sociales», en la que participaban también editoras comerciales, y que puso en la calle por lo general textos de más de 200 páginas, a menudo con láminas y fotografías, y a precios prohibitivos, como las 7 pesetas que costaba *Dictadura y revolución* de Luigi Fabbri o las 12 que marcaban la *Vida de Malatesta* del mismo Fabbri (1938) o *Campos, fábricas y talleres* de Kropotkin. En esta serie apareció también el muy notable título de Diego Abad de Santillán *El organismo económico de la Revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir en España* (1938). Por otra parte, y aunque fue básicamente una editorial de guerra, con obras de testimonio y propaganda como *Madrid rojo y negro. Milicias confederales*, de Eduardo de Guzmán (1938), *La Guerra de España en el plano internacional*, de Carlos de Baraibar (1938), o *Noviembre de Madrid. Notas contributivas al discernimiento de su defensa*, de Jaime Espinar (1938). «Etyl» emprendió también grandes proyectos divulgativos como la reedición de las obras de Bakunin en diez tomos, de los que solo se llegaron a publicar seis entre 1938 y 1939, con anotaciones y estudios de Diego Abad de Santillán, figura clave en «etyl», o la primera edición española de *Historia del movimiento*

machnovista, de Archinoff, con prólogo de Volin y traducción de Diego Abad, muy significativamente publicado en 1938 en medio de lo que se entendió como contrarrevolución comunista. Con todo, en no escasa medida, «etyl» fue ya, sobre todo, un intento de fortalecimiento organizativo y propagandístico de la FAI³.

También resurgió en los años treinta la «Biblioteca del Obrero», dirigida en Sevilla por el maestro racionalista y antiguo jornalero José Sánchez Rosa. La editorial, vinculada a la escuela obrera que su director regentaba en una zona deprimida de la capital andaluza, había empezado sus actividades en 1913 y dejó de publicarse con la dictadura de Primo de Rivera. Para su época republicana, Sánchez Rosa se limitó a reeditar viejos títulos de su catálogo, como los cuentos racionalistas para niños compuestos por él mismo para uso en su escuela *El obrero sindicalista y su patrono*, *Los dos profesores*, *Los dos niños de la Escuela*, *El capitalista y el trabajador*, o *En el campo: el guarda y el obrero*. También aparecieron algunos *longsellers* de la edición libertaria como *La anarquía en los tribunales*, de Pietro Gori, *El dolor universal*, de Fauré, o las *Declaraciones*, de Etièvant. Con todo, el mayor éxito de la longeva «Biblioteca» sevillana fue la célebre trilogía de formación para trabajadores del propio Sánchez Rosa, que inició *Aritmética del Obrero*, que en 1935 alcanzaba las dieciséis ediciones, *El abogado del Obrero*, recopilación de «leyes referentes a la clase obrera», publicado originalmente en 1912 y que, adaptándose a la nueva legislación republicana, llegaba en 1933 a vender la décimo tercera edición, y *La Gramática del Obrero*, aparecida en 1929 y que, en 1933, alcanzaba su cuarta y última edición. La desmesurada popularidad de estos títulos hizo que, enseguida, editoras comerciales sacaran sus propias gramáticas o abogados del obrero para disputarles mercado, como ocurrió con la editorial Bergua⁴.

Otra superviviente fue, sin duda, *La Revista Blanca*, decana de las publicaciones anarquistas españolas, fundada en Madrid en 1898, y relanzada luego en Barcelona, donde llevaba publicándose ininterrumpidamente desde 1923. Dirigida con mano de hierro por Federico Urales, contaba con un servicio editorial, Publicaciones de *La Revista Blanca*, que impulsó varias colecciones de folletos de corte literario, la más popular de las cuales fue «La Novela Ideal» (1925-1938), con sus impresionantes 595 títulos, pero también es destacable «La Novela Libre» (1933-1938), que puso en la calle 54. En ambas colecciones, no obstante, se observa muy a menudo una

³ Para el catálogo disperso *vid.* Soriano y Madrid (2016). Sobre las tensiones en la fundación de «etyl», Navarro Comas (2001: 328-334). *Vid.* también Navarro Navarro (2004: 230-232).

⁴ Para Sánchez Rosa, *vid.* Íñiguez (2008, II: 1570-1571) y Gutiérrez Molina (2005). Para la Biblioteca del Obrero y su importancia en el entramado editorial libertario andaluz, Civantos (2020: 295-299).

proximidad sonrojante con la novela rosa, pornográfica o sicalíptica, propias de las colecciones burguesas, pero que, evidentemente, fue parte fundamental de su éxito fuera de los circuitos proletarios y garantizó su continuidad incluso en los periodos de dictadura. Más próxima al modelo editorial estrictamente anarquista fue, sin duda, la colección «El Mundo al Día» (1935-1936), dirigida por Federica Montseny, y que se presentaba como una «guía cultural para hombres y mujeres de espíritu libre». «El Mundo al Día» alcanzó a editar 18 folletos (32 páginas entre 30 y 40 céntimos) sobre temas como la reforma agraria (*El problema de la tierra*, de Felipe Aláiz), pedagogía racionalista (*Cómo debemos educar a nuestros hijos*, o *Pedagogía social*, ambos de Federico Urales), pacifismo (*La guerra, episodio de la lucha de clases*, de José García Pradas o *El gran crimen*, de Ángela Graupera), el arte o el deporte en la sociedad de consumo (*Para una nueva concepción del arte*, de José Peirats o *El deporte, función social y carácter espectacular*, de Aláiz), reportajes sociales (*Cómo viven y mueren las prostitutas*, de Jacinto Toryho, *El proceso del capitalismo*, de Floreal Ocaña) y cuestiones médicas y sexuales (*Biología pedagógica*, de Bibberman, *La medicina al alcance de todos*, de Javier Serrano, o *Higiene prenatal*, del doctor J. Sala)⁵.

También surgida antes de la II República, la revista *Estudios* funcionó hasta las puertas mismas de la Guerra Civil. Se había llamado originalmente *Generación Consciente*, editada en Alcoy entre 1923 y 1928, pero las presiones de la censura primorriverista la obligaron a cambiar su título por el menos escandaloso de *Estudios* y a trasladar su sede a Valencia. Fue la más prestigiosa revista neomalthusiana editada en nuestro país y toda una referencia nacional e internacional en cuestiones de control de la natalidad, eugenesia, reforma sexual, naturismo o medicina alternativa, que llegaba mucho más allá de los lectores obreros. Dirigida, al igual que *Generación Consciente*, por el periodista alcoyano Joaquín Juan Pastor, *Estudios*, muy imbricada en la tradición divulgativa y cultural ácrata, se presentaba como una «revista ecléctica», hecha de múltiples aportaciones del pensamiento social avanzado y anticapitalista, que evitaba el propagandismo burdo o el posicionamiento político coyuntural. Y esa fue la línea seguida también por su proyecto editorial, «Biblioteca de Estudios», que llegó a editar entre 1928 y 1936 más de 150 títulos bajo esa idea de libertarismo cultural de izquierdas. Su línea de publicaciones abarcaba

⁵ La colección «El Mundo al Día» fue reeditada y ampliada en el exilio hasta alcanzar los 53 títulos, que el sello Universo editó en Toulouse, entre 1948 y 1955. *vid.* Campillo (2020). Para el catálogo anterior a la Guerra, Soriano y Madrid (2016: 438-439). Para «La novela ideal», que también vio reeditados algunos de sus números en el exilio de Toulouse por ediciones Universo, *vid.* Petisca (2011). Catálogo completo hasta 1938 en Soriano y Madrid, pp. 443-457 y para «La novela libre», pp. 457-458.

tres bloques principales: a) conocimientos útiles de educación, sexualidad e higiene, que era su auténtico signo distintivo; b) novelas, sociología y crítica, que alternaba novelas rusas o de autores del Este, como Panait Istrati, con narraciones pacifistas europeas, divulgadores científicos de enjundia como Reclús, o incluso autores españoles de órbita proletaria como Higinio Noja; y c) folletos filosóficos y sociales, en la que reeditaban clásicos del pensamiento «a la contra» en formatos económicos: Malatesta, Ricardo Mella, Isaac Puente, Adrián del Valle, Anselmo Lorenzo, etc. Además de los títulos exentos, «Biblioteca de Estudios» lanzó tres colecciones de folletos: la primera y más importante fue «Ayer, hoy y mañana», subtitulada a veces como «colección popular», que llegó a alcanzar los 40 títulos, sobrevivió incluso a la propia revista *Estudios* (que dejó de editarse en octubre de 1937) y obtuvo un notable éxito de público y ventas. Se inició en 1932 y su último número, *Filosofía y Psicología*, es de finales de 1938. Se trataba de libritos de 32 páginas, al precio invariable de 30 céntimos que, durante la Guerra, se incrementó hasta los 50. Con periodicidad quincenal e innovadores diseños gráficos para las portadas, eran fundamentalmente antologías de textos de diversos autores, lo mismo clásicos que contemporáneos, intelectuales y obreros de manera indistinta, sobre diversas temáticas: *Pobres y Ricos*, *La Política*, *La Guerra*, *El capital*, *La sociedad actual*, *Socialismo*, *Sindicalismo y anarquismo*, *Lujo y miseria*, *Patriotismo*, *Libertad*, *El Estado*, *La Historia*, *El Periodismo* u *Hombres y Mujeres*. Entre 1934 y 1936 «Biblioteca de Estudios» lanzó una nueva colección: «Conocimientos útiles de Medicina Natural», con volúmenes algo más extensos, de entre 60 y 90 páginas, que, al precio de 1 peseta, ponía al alcance de sus lectores, remedios naturales para *El reumatismo*, *La delgadez*, *Las enfermedades del estómago*, *La apendicitis*, *La tuberculosis*, o *Higiene sexual*. Era un tipo de publicación también con profunda raigambre ácrata. Salieron 21 títulos con impactantes cubiertas de Monleón, algunos de los cuales fueron ampliamente reeditados. Iniciada en abril del 36, la colección «Antología de la felicidad conyugal» solo llegó, en cambio, a lanzar seis títulos, con periodicidad mensual, también al precio de 1 peseta, y como la anterior, con cubiertas de Monleón o Renau. A diferencia de la morbosa literatura burguesa, que denunciaban en sus reclamos, la colección intentó aportar un tono edificante y nada grosero para tratar arriesgados temas en volúmenes como *La cópula*, del doctor Van de Velde, *La anafrodisia*, de Garnier, o *El problema de los límites eróticos del matrimonio*, de Roberto Michels. A partir del otoño de 1937 parece que tanto *Estudios* como su «Biblioteca» dejaron de existir como tales y tanto las reediciones de su catálogo, que fueron muchas, como la exitosa colección «Ayer, hoy y mañana», que continuó

editándose aún durante más de un año, estuvieron gestionadas directamente por Joaquín Juan Pastor bajo el sello Ediciones Pastor⁶.

Anteriores también a la II República son los «Cuadernos de Cultura», proyecto impulsado igualmente en Valencia por el profesor mercantil Marín Civera Martínez, activo militante ácrata que más adelante habría de fundar, con Ángel Pestaña, el Partido Sindicalista. Nacida en enero de 1930, esta será, al margen de cualquier ideología, una de las iniciativas editoriales más importantes de todo el primer bienio republicano, pues finalizará sus actividades en 1933. Dirigida al «autodidacto que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo», la colección llegó a poner en la calle 91 títulos «económicos y de limpio y fácil estilo» con objeto de «culminar nuestro esfuerzo de educar al hombre». Lo hicieron a través de volúmenes sencillos de 17x11cm., de 72 páginas al principio y 48 después, al precio siempre invariable de 60 céntimos y con originales, aunque repetidos diseños para las cubiertas de Monleón y Renau (seis modelos fijos que se alternaban cambiando los colores). Los números 85 a 90 se editaron en Madrid. *Estudios*, en su número de febrero de 1930, presentará la colección como «una selecta y económica enciclopedia que abarcará diversas manifestaciones del pensamiento filosófico y científico hasta nuestros días, en forma resumida y clara, propicia para una cultura superior, objetiva y sólida, desprovista de fárrago inútil» (cit. en Navarro, 2004: 239). En definitiva, «Cuadernos de Cultura» entroncaba en línea directa con los objetivos emancipadores del proyecto cultural proletario y los mantuvo con solvencia y notable éxito, haciéndose imprescindible, por su precio económico y riqueza temática, en las bibliotecas obreras no solo libertarias. Uno de sus mayores méritos fue la sistemática organización de los volúmenes. La propia colección los presentaba asignados a temáticas, de las cuales las más desarrolladas fueron Economía, Ciencias Naturales, Sociología, Fisiología e Higiene, Educación, Derecho, Arte y Literatura o Geografía e Historia. Esta última incluía el proyecto de una originalísima *Historia Popular de España* que al final quedó truncado con solo tres cuadernos: *Cómo nació España* (nº 28, 1931), *La trágica lucha entre el korán y el evangelio* (nº 34, 1931) y *Cultura y barbarie en la Edad Media* (nº 62, 1931). Los tres cuadernos fueron obra del eminente geógrafo, discípulo de Eliseo Reclús, Gonzalo de Reparaz padre, que en realidad era portugués. A los «Cuadernos de Cultura», que gozó de un éxito formidable, aportaron títulos autores procedentes de todas las tendencias: libertarios, como el médico Isaac Puente (*Higiene individual o privada*, nº 7, 1930; *Los microbios y la*

⁶ Vid. especialmente Navarro (2019 y 2004: 238-239). Para el catálogo de colecciones Soriano y Madrid (2016: 398-403 y 417-418). Sobre Joaquín Juan Pastor, Íñiguez (2008: I, 884).

infección, nº 42, 1931), el líder sindical Ángel Pestaña (*El sindicalismo*, nº 9, 1930; *Sindicalismo y unidad sindical*, nº 71, 1933), o el militante minero Higinio Noja (*El sendero luminoso y sangriento*, nº 68, 1932); socialistas como Julián Zugazagoitia (*Pablo Iglesias. De su vida y su obra*, nº 31, 1931), o el doctor Luis Huerta (*La vida*, nº 10, 1930; *Natalidad controlada*, nº 78, 1933); comunistas heterodoxos como Andreu Nin (*Manchuria y el Imperialismo*, nº 51, 1932; *Los soviets*, nº 65, 1932); versos libres de la izquierda como Ramón J. Sender (*América antes de Colón*, nº 14, 1930); republicanos socialistas radicales como Alicio Garcitoral (*Monarquía y República*, nº 13, 1930); lerrouxistas como Lázaro Somoza Silva (*La dictadura, la juventud y la República*, (nº 26, 1931), o republicanos federales como Hildegart (*Sexo y amor*, nº 32, 1931; *La Revolución sexual*, nº 41, 1931), o Matías Usero (*La religión de la humanidad*, nº 47, 1931; *Concepción Arenal*, nº 79, 1933), pero también personalidades sin ostensible adscripción política, como Federico Carlos Sáinz de Robles (*Cómo se forma una biblioteca*, nº 12, 1930), Juan Gil-Albert (*Gabriel Miró*, nº 27, 1931), Enrique Rioja (*Los pobladores del mar*, nº 85, 1933), Manuel Martínez Burgos (*Un idioma para el mundo proletario: el esperanto*, nº 73, 1933), o Guillermo Cabanellas (*¡Esclavos! Notas sobre el África negra*, nº 80, 1933). Todo lo cual mostraba una riqueza de criterio y un eclecticismo cultural que fue moneda común, por otra parte, desde los orígenes de la edición libertaria. En su esfuerzo por buscar una cultura alternativa al capitalismo, esta colección fue muy ambiciosa intentando forjar una síntesis superadora de la clásica división ideológica en el movimiento obrero, algo que, sin embargo, ahora, en el contexto republicano, no fue muy bien entendido entre el anarquismo más radical y faísta que, lanzado a una cruzada de propaganda desestabilizadora, fue bastante crítico con la publicación⁷. Marín Civera fue promotor y director asimismo de *Orto*, subtitulada «revista de documentación social» que se publicó también en Valencia entre marzo de 1932 y enero de 1934, y en la misma dirección que la etapa final de «Cuadernos de Cultura», Luis Morote 44. De periodicidad mensual, *Orto*, que llegó a tirar 20 números, era una revista «de fondo» sobre pensamiento social: anticapitalismo, pacifismo, anticlericalismo, literatura y arte, como las antiguas revistas sociológicas del anarquismo. Muy influida por *Estudios*, que era su distribuidora fuera de Valencia, *Orto* dio también bastante espacio a temas sexuales, de control de la natalidad o medicina natural. Para la parte gráfica Civera volvió a apostar por Monleón y Renau, y para sus colaboradores volvió al eclecticismo de izquierda que caracterizaba los «Cuadernos de Cultura». Junto a la revista apareció

⁷ Catálogo completo en Soriano y Madrid (2016: 420-424). Vid. asimismo Bueno Sánchez: <https://www.filosofia.org/ave/001/a047.htm> y Navarro (2004: 239-240).

una «Biblioteca Orto» que puso en la calle veinte títulos, eso sí, ejemplares más extensos y lujosos, que llegaban a alcanzar a menudo precios prohibitivos, como *Libertinaje y prostitución. Grandes prostitutas y famosos libertinos* (1932), suerte de enciclopedia histórico biográfica, de E. Armand, sobre el tema de casi 500 páginas a 8 pesetas, o las 5 pesetas que costaba *Las religiones del mundo desenmascaradas* del republicano Matías Usero (1933). Lo más frecuente en «Biblioteca Orto» fueron los temas de sexualidad consciente, como *El proletariado ante el sexo. El derecho al aborto*, de Tarasov (1932), o nuevos títulos de la jovencísima Hildegart como *Paternidad voluntaria y Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas* (1932). En la colección aparecieron asimismo, *El capital de Carlos Marx al alcance de todos*, de Carlo Cafiero (1932), *Teatro de masas* de Ramón J. Sender (1931), o *El comunismo libertario y el régimen de transición* de Cornelissen (1933). Como le ocurrió a los «Cuadernos de Cultura», tanto la Biblioteca como la propia revista *Orto* se identificaron con una posición integradora del pensamiento de izquierda que fue muy criticada por los sectores más radicales del anarquismo, que fueron los que dominaron orgánicamente la CNT durante la II República (Brademas, 1974: 83-85). Los propios editores atribuyeron la desaparición de sus publicaciones en 1933 a «la guerra a muerte que se nos había declarado por parte de determinados elementos, sedicentes proletarios, en realidad, inclasificables y, sobre todo, incapaces de comprender y, por lo mismo, incapaces de interesarse por el movimiento proletario —auténticamente proletario— universal» (*Orto*, abril, 1933)⁸.

También en Valencia, en Játiva, está documentada Ediciones Faro, «folletos de cultura racionalista, pedagogía, ciencia y arte», que desarrolló sus actividades en 1933 bajo la iniciativa particular de un grupo ácrata de la localidad, coordinado por Vicente Galindo. Se sabe que llegaron a sacar una revista mensual y al menos dos colecciones de folletos: «Cuentos Faro», dirigido a niños de escuelas obreras, que lanzó al menos dos títulos (*Libertín y las dos flores maravillosas* y *Libertín, la clueca "Catilina" y la gata "Rapacita"*) y unas «Publicaciones pro cultura libre», dirigidas por el maestro racionalista Silex Rouget. Esta última, en formato de 19x13 y en torno a 48 páginas, se vendía a 30 céntimos y, probablemente, fuera mensual. Hemos localizado siete títulos, los tres primeros del pedagogo racionalista José Aragonés Saborit, pero también de Fraterno Helios (*Vida y Naturaleza*), de Fernando Tárrida de Mármol (*La constitución del mundo*), de Joaquín Riquer

⁸ Quizá no le perdonaban a Marín Civera (1900-1975) sus posiciones treintistas, que le llevaron, finalmente, a abandonar la CNT y fundar con Ángel Pestaña en 1934 el Partido Sindicalista, partido que llegó a presidir en 1937. Vid. Íñiguez (2008, I: 402) y Giménez (2020). Para *Orto*, Navarro (2014).

(*Cómo aprende el niño*) y de Evelio G. Fontaura (*Cómo es posible actualmente vivir en la anarquía*)⁹.

Muy vinculada a esta última estaba la madrileña «Publicaciones Vida y Trabajo», que funciona desde 1931 en el Apartado de Correos 1002 de la capital de España, y que desde 1933 distribuyó Faro fuera de Valencia. Editó un *Boletín Vida y Trabajo*, que empezó siendo gratuito y acabó, desde mayo de 1933, costando 10 céntimos pues, como se lee en la contracubierta de algunos números, «será norma de este Grupo no contar más que con sus posibilidades y la venta de libros y folletos», lo que supone una crítica no velada a la propia organización sindical confederal por «no habérsenos prestado el apoyo material que en nuestro concepto merecíamos» (Aragonés, 1932, s.n.). Administrada por un tal Antonio Rodríguez S., librero de viejo en calle Churruca, 15, editó folletos de 28 a 36 páginas a una media de 25 céntimos. Se inició con un inequívoco *Cómo traicionaron los socialistas el movimiento revolucionario de diciembre* (1931), y publicó folletos de jóvenes confederales como Juan Francisco Abad Caballero (*Crítica del Capital y La tierra de nadie, los frutos de todos*, ambos de 1934), o algunos trabajos interesantes sobre Latinoamérica como *Cuba. Los crímenes de Machado*, de Restituto Mogroviejo (1931), o *Ni Dios ni Patria*, del brasileño Benjamin Mota (1934), pero vivió sobre todo de las reediciones, realizadas a veces sin muchos escrúpulos superponiendo sin más su propio sello o una cubierta nueva al texto de editoriales afines: *¡Huelga de vientres!*, de Bulffi (1931), *Los crímenes de Dios*, de Fauré (1934), *Los gobiernos serán abolidos*, de Kropotkin (1932), *Canciones rebeldes* (1932), *Entre campesinos*, *La anarquía* o *Nuestro Programa*, de Malatesta (1933), *A las mujeres*, de José Prat (1932), o el consabido *¿Dónde está Dios?*, de Miguel Rey (1931). No se conocen publicaciones posteriores a 1934.

Desde 1931 funcionó también en Madrid «Biblioteca Plus Ultra», impulsada por el grupo Los Iguales, uno de cuyos principales animadores fue Mauro Bajatierra, figura libertaria de primer nivel en cuyo domicilio en la capital (Torrijos, 18) estaba la sede de la Biblioteca y de la sociedad, que también organizaba veladas poéticas, conferencias y representaciones teatrales a beneficio de la lucha obrera. Lanzaron folletos de 15x10 y 16 páginas al precio más o menos estable de 15 céntimos, que se elevaba a 25 cuando el folleto era de 32 páginas, cosa que fue infrecuente. El propio Bajatierra fue autor de la mayoría de ellos (*A los jóvenes, Han traicionado al pueblo, Hacia la República Social, Contra el capitalismo y contra el Estado, Violencia ciega y violencia reflexiva...*), aunque también participaron otros autores del grupo, algunos bajo seudónimos simbólicos de ambición colectiva

⁹ Para Ediciones Faro, Navarro (2004: 241) y Soriano y Madrid (2016: 432).

como Juan del Pueblo (*La CNT, la República y los socialtraidores, FAI, Cómo tragan los socialfascistas el presupuesto de la República...*) o Luisa Incógnito (*Esencias sociales... CNT-AIT-FAI*). También colaboraron militantes comunes como Fernando Claro (*¿Hacia dónde va la CNT?, Los perros del capitalismo...*), o Manuel García (*La crisis de trabajo y sus causas*), y hasta Eduardo Barriobero firmó un número: *La anarquía en los tribunales*. En total 26 títulos. Como se ve, muchos de ellos empeñados en airear disputas políticas del momento o disensiones internas del sindicato. «Biblioteca Plus Ultra» lanzó también, a partir de 1934, una colección de «Cuentos morales (racionalistas) de Mauro Bajatierra» para circulación básicamente en escuelas. De difícil localización, se editaron al parecer ocho títulos en Madrid y un último consignado en el Norte de África, probablemente ya durante la Guerra. En 1934, «Biblioteca Plus Ultra» había lanzado también una serie de «Teatro revolucionario», que alcanzó los seis volúmenes, con obras nuevamente de Bajatierra (*Como palomas sin nido, ¡Rescatada! y Esperanta*), de Fernando Claro (*La luz frente a las tinieblas y Un sujeto peligroso*), y de Rafael Ordoñez (*Toribito ya no es Toribito*). Quedó anunciada asimismo una colección de «Obras sociales de Mauro Bajatierra», que no es seguro que llegara a publicarse¹⁰.

Vinculada ya directamente a la FAI, «Cuadernos Rojo y Negro» apareció en Barcelona en el verano de 1933. Impulsada por el zapatero y militante del ramo de la piel Emilio Molins Cusidó, que era a la sazón tesorero del Comité Nacional, lo más seguro es que contara con apoyo financiero del sindicato. En todo caso, la editorial entraba muy de lleno en el juego político del momento y empleó siempre un lenguaje muy beligerante contra aquellos enemigos del proletariado

[...] que han puesto en juego y práctica la difamación, esta arma esgrimida por todos los malvados y por aquellos que teniendo necesidad de ocultar sus verdaderos fines halagan al explotado, prometiéndole panaceas, felicidades y toda suerte de bienes, para una vez encumbrados sujetarlo con más fuerza y brutalidad (cit. Soriano y Madrid, 2016: 427).

en clara referencia a la política socialista durante el primer bienio republicano. Sacó siete títulos y concluyó sus actividades en 1934 con el bienio radicalcedista. Folletos de 16 páginas a 10 céntimos en formato de 22x15 con títulos de Jacinto Toryho (*La hora de las juventudes*), Manuel Medina (*El movimiento emancipador y el nuevo tiempo*), D.S. Asturiak (*¡Extremistas!*), Manuel Rivas Barrás (*Luz en las tinieblas... La Rusia*), Máximo Llorca (*La esclavitud sexual en la mujer*), o el muy

¹⁰ Sobre el polifacético Mauro Bajatierra (1884-1939), panadero de profesión, que vivió muy activamente la contienda y murió fusilado en la puerta de su casa en la calle Torrijos durante el desfile de la Victoria, *vid.* Íñiguez (2008, I: 155-156). Para Biblioteca Plus Ultra, Soriano y Madrid (2016: 412-413).

notable de Felipe Aláiz *La expropiación invisible*. Se cerró con un título de Isaac Puente (*Independencia económica, libertad y soberanía individual*)¹¹.

Vicepresidente del sindicato de Obreros Intelectuales de la CNT de Barcelona, el ingeniero Alfonso Martínez Rizo fue el impulsor de dos interesantes publicaciones anarquistas surgidas durante la II República: «Divulgación Sociológica» y «Una hora de Lectura». La primera tuvo una exigua existencia en 1931, pese a lo cual puso en la calle 25 títulos, 19 de los cuales eran obra del propio Martínez Rizo, principalmente monografías divulgativas sobre tendencias sociopolíticas del momento (socialismo, anarquismo, comunismo, federalismo, capitalismo, cooperativismo, fascismo, pacifismo o laicismo). Entre los restantes destaca un texto de Enrique Jávega sobre *El problema catalán. Macià o la pureza* y, sobre todo, una nueva traducción del *Manifiesto del Partido Comunista* [sic], de Marx y Engels, y hasta un monográfico de *Marxismo*, firmado nada menos que por Lenin. Eran folletos de 16 páginas en formato casi de revista, de 23x16. También muy interesante, aunque truncada por el devenir político, fue «Una Hora de Lectura», que alcanzó a poner en la calle 5 títulos en 1933. Subtitulada «Biblioteca del militante autodidacta», pretendía ser precisamente eso, con folletos sobre *Cómo se hace un diario* o *Cómo se aprovecha una biblioteca*, ambos de Felipe Aláiz. El precio era de 50 céntimos para 32 páginas de texto en formato 19x14. Dejó anunciada y sin publicar una *Gramática del Esperanto*¹².

Como se ve, muchos de estos proyectos sucumbieron no por la represión de las autoridades, como había sido frecuente hasta entonces en la edición ácrata, sino a consecuencia de divisiones internas o disensiones con la CNT. Otros, fueron resultado de estrictos posicionamientos coyunturales necesitados de propaganda, lo que suponía un claro alejamiento del espíritu original de las ediciones libertarias, ecléctico y formativo, sin inmediatismos políticos. Algunos se dejaron cooptar por aspiraciones ajenas al ideal emancipador anarquista y no pocos surgieron directamente henchidos de interés comercial. No obstante, donde más se pudo apreciar la adulteración de los planteamientos originales de la edición popular ácrata fue en las colecciones más literarias, surgidas a menudo al calor del éxito comercial que la etiqueta «obrero» aportaba a muchas colecciones. Ya hemos visto el caso de «La novela ideal» y «La novela libre», pero podían citarse ejemplos aún más explícitos como «La Novela Roja», editada en Madrid por Ceferino Rodríguez

¹¹ Sobre Molins Cusidó (1899-1942), *vid.* Íñiguez (2008, II: 1138-1139). Para Cuadernos Rojo y Negro, Soriano y Madrid (2016: 427).

¹² Sobre el cartagenero Alfonso Martínez Rizo (1877-1951), que llegó a combatir con la columna Durruti en el Frente de Aragón, *vid.* Íñiguez (2008, II: 1076-1077). Para ambas colecciones Soriano y Madrid (2016: 428-430 y 434).

Avecilla en 1931, tomando el nombre de una vieja colección ácrata de 1922. En esta, que solo lanzó siete títulos, a menudo proliferaba un manoseado ambiente lumpen casi de guardarropía o fondo de armario, y solo merece en realidad la pena *La fábrica*, del radical socialista Alicio Garcitoral, una de las mejores novelas sociales en formato folleto jamás publicadas. En las demás mucho esteticismo marginal, más decadente que propiamente proletario, como en *Un franco diez*, de Ramón Pinillos, *El Orden*, de Margarita Nelken, o *Lumpenproletariado*, de Joaquín Arderús, gran novelista que aquí firmó un título sin duda por debajo de sus posibilidades¹³.

Esa tendencia será aún más acusada en «La Novela Obrera», clara operación comercial de la Editorial Garrofé, que publicaba ya varias colecciones de novela corta o de quiosco de lo más variopinto, como la serie «Grandes Novelas de Amor», y que aquí apostó sin disimulo por atraerse al lector proletario. Eran folletos de 32 páginas y periodicidad semanal en formato 17x12 en las que aparecieron textos de militantes ácratas habituales de estas lides, como Antonio Amador (*El caso*), junto con profesionales del oportunismo del corte de Antonio Guardiola (*Las dos hijas de la fábrica*), Julio Zarralauqui (*Un sindicalista*), o Santiago Íbero (*La sangre del rico*), mezclados en gran confusión con comunistas extranjeros, como Wladimir Korolenko (*El desertor*), o republicanos radicales como Ángel Marsá, que firmó tres títulos (*Canción de amor*, *El delito de ser pobre y Bajo el terror*) y una adaptación de *La cabaña del Tío Tom*. Todo ello junto a clásicos de fondo de catálogo con textos lo mismo de Balzac (*Una tragedia en el mar*), Victor Hugo (*En presidio*), Zolà (*La hermanita*), o Tolstoi (*La miseria del pueblo*). En realidad, en «La Novela Obrera» a veces ni siquiera fue necesario el trasfondo social como en Mirbeau (*Yo no mato*), o en las deleznable *Salvada del abismo*, de Alma, o *400 voltios*, de Alex Liaño. Y así hasta un total de 32 títulos bajo el signo del galimatías. Aunque no se indicaban las fechas lo más probable es que fueran anteriores a 1934.

Para finalizar podría mencionarse el caso de «Ediciones Libertad», dirigida por el periodista republicano Augusto Vivero que, además de libros, impulsó algunas colecciones de folletos, entre ellas la interesante «Biblioteca de los sin Dios», curiosísima serie anticlerical firmada en exclusiva por el propio Vivero. Por adscribirse acaso al furor editorial seudolibertario que se dio por esos años, la editorial promovió entre 1932 y 1933 la nada desdeñable colección «La Novela Proletaria», que no debe confundirse con la serie del mismo título de editorial Cénit, en la que aparecieron *O.P. (Orden Público)*, de Ramón J. Sender, o *El Tungsteno*, de

¹³ La colección está reeditada completa, junto con una nutrida selección de la original «Novela Roja», en el volumen *Las novelas rojas*. Vid Santonja (1994).

César Vallejo, y que es anterior. Al frente de esta mucho más modesta colección de folletos Vivero colocó, como una especie de declaración de intenciones, a Alfonso Martínez Carrasco, miembro del ala moderada o «treintista» de la CNT que, no obstante, solo la dirigió durante los siete primeros números. Los restantes, hasta los 26 que llegó a tirar, fueron ya bajo la dirección del propio Vivero. A la vieja usanza ácrata eran volúmenes de 32 páginas de 16x11 al precio invariable de 25 céntimos, que se vendían lo mismo en quioscos que contra reembolso o mediante paqueteros o intercambios con sociedades. Según afirmaba la misma «Ediciones Libertad», «La Novela Proletaria» llegó a despachar 30 000 ejemplares de media por número, cifra sin duda exagerada pero que está fundamentada en la gran aceptación que la colección alcanzó a tener. En su conjunto se trataba de una andanada en toda regla contra la República por parte de la izquierda más radical. Así, se acusaba al régimen republicano de conservador y timorato como poco, pero también de proteger a las clases pudientes, de traicionar a la clase obrera, o de reprimirla brutalmente, de dejar sin hacer la reforma agraria, de tener comprada a la prensa, de privilegiar al PSOE o de estar infiltrada de monárquicos. Como ha señalado Gonzalo Santonja (1979: 14), la mayoría de los participantes en la colección pertenecían a la Alianza de Izquierdas, una efímera agrupación que pretendía aunar los esfuerzos de diputados de varios partidos de izquierda radical profundamente críticos con la política gubernamental republicana del primer bienio. Ya en las Cortes Constituyentes se les acabó conociendo como «los jabalíes». Es el caso de José Antonio Balbontín (*Una pedrada a la virgen*, nº 2), del Partido Radical Socialista Revolucionario y luego del PC; de Eduardo Barriobero (*Las ánimas benditas*, nº 3), que presidía el Partido Republicano Democrático Federal, al que pertenecían también el propio Augusto Vivero (*Sindicalista en acción*, nº 1, *A tiro limpio*, nº 9, *El enchufista*, nº 17 y *La guerra que viene*, nº 21), Rodrigo Soriano (*La bomba*, nº 10) o Hildegart (*¿Quo vadis, burguesía*, nº 22); de Salvador Sediles (*Las calaveras de plomo*, nº 7 y *¡Resignación, hermanos!*, nº 18), uno de los héroes de Jaca, y diputado por el Partido Republicano Federal de Izquierdas, o del meritorio novelista Ángel Samblancat (*Mi dama y mi «star»*, nº 5), que era diputado por Esquerra Republicana. También colaboraron el activista peruano César Falcón (*¿Dónde está Dios?*, nº 12 y *El agente confidencial*, nº 20), fundador de la Izquierda Revolucionaria y Antimperialista y luego impulsor del Bloque Republicano Revolucionario, al que perteneció otro colaborador de la serie, Ramón Franco (*Abel mató a Caín*, nº 15), hermano del futuro caudillo; o Ramón Magre (*Un periodista*, nº 16), que pertenecía al POUM. Entre los que no eran directamente políticos destacan los anarquistas Eduardo de Guzmán,

periodista libertario que firma con *El confidente* (nº 8), uno de los mejores títulos de la serie, Emilio Mistral (*La ley de fugas*, nº 14) o Ángel Pestaña, que aún no había fundado el Partido Sindicalista, y que en *La caída del dictador* (nº 4) dibuja una sorprendente hagiografía de Lenin. Tendencia curiosa puesto que los cuatro últimos títulos de la colección, que componen una especie de subserie, «Tesoro de la Literatura Revolucionaria», están firmados todos por «supuestos» autores de la Rusia soviética: Madarasz (*La lucha del soldado rojo*), Nazarli (*El traidor*), Aymi (*La muerte del revolucionario Tadjik*), y Kosinka (*El crimen de los kulaks*). En todo caso, lo que estaba claro es que esa caterva de falsos sindicalistas, de socialistas enchufados, de periodistas a sueldo de gobernadores, de infiltrados policiales o de hijos espurios de aristócratas ya no tenía nada que ver con el proyecto original de construcción cultural proletaria para la emancipación de los trabajadores, y se parecía mucho más a un ajuste de cuentas cuando no a una pura operación comercial.

BIBLIOGRAFÍA

- Aláiz, F. ([1938] 2012). *El arte de escribir sin arte*. Madrid: Berenice.
- Aragonés (1932). *¿Hay quien crea aún en la iglesia, en dios y en la religión?* Madrid: Publicaciones Vida y Trabajo.
- Brademas, J. (1974). *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*. Barcelona: Ariel.
- Bueno Sánchez, G. (s.f.). *Cuadernos de Cultura 1930-1933*. Recuperado de <https://www.filosofia.org/ave/001/a047.htm>.
- Campillo Galmes, J. (2020). «La imprenta resiliente: edición del exilio en Toulouse de 1945 a 1960». *Dossier IV Jornadas de Laberintos. Editores y editoriales del exilio republicano de 1939, ochenta años después*, 195-203.
- Civantos Urrutia, A. (2017). *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917-1931)*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- ____ (2020). «Apóstoles del proletariado andaluz. Panorama de la edición libertaria en Andalucía (1903-1936)». *Creneida. Anuario de Literaturas Hispánicas*, 8, 273-299.

- Giménez García, S. (25 de mayo de 2020). «Marín Civera o la creación de una ideología proletaria», *El Obrero. Periodismo transversal*. Recuperado de <https://elobrero.es/textos-historicos-obreros/49676-marin-civera-o-la-creacion-de-una-ideologia-proletaria.html>.
- Gramsci, A. ([1967] 1973). *Cultura y literatura*. Barcelona: Península.
- Gutiérrez Molina, J. (2005). *La tiza, la tinta y la palabra. José Sánchez Rosa, maestro y anarquista andaluz (1864-1936)*. Cádiz: editorial Tréveris.
- Habaru, A. (1 de mayo de 1930). «Manuel Bearl y la cultura burguesa», *Nueva España*, 7,
- Íñiguez, M. (2008). *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, 3 volúmenes, Vitoria: Asociación Isaac Punte.
- Litvak, L. (2001). *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- Llunas, J. (1893). «Literatura obrerista». Prólogo a Anselmo Lorenzo, *Justo Vives. Episodio dramático-social*. Editada conjuntamente con: *La ley y la clase obrera. Guía práctico [sic] para ejercer los derechos individuales según la Ley con formularios para todos los casos de tener que dar aviso o dirigir derechos individuales consignados en las leyes de reunión, asociación, imprenta y registro civil y nota del sello correspondiente a cada documento según la Ley del Timbre del Estado*, Barcelona: Biblioteca La Tramontana.
- Lora Medina, A. (2018). «El poder de la lectura como herramienta revolucionaria. El caso del anarquismo español de los años treinta». *Pasado y Presente. Revista de Historia Contemporánea*, 17, 335-360.
- Madrid, F. (1989). *La prensa anarquista y anarcosindicalista desde la I internacional hasta el final de la guerra civil* (Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona). Recuperada de <https://www.tesisenred.net/handle/10803/284155>.
- Mainer, J. C. «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1939)». En VVAA. *Literatura popular y proletaria* (pp. 53-124). Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad.
- Navarro Comas, R. (2001). «La palanca de la revolución. El control de la prensa por el comité peninsular de la FAI». En Morales Raya, Antonio (coord.). *Ideología y*

movimientos políticos: las claves de la España del s.XX (pp. 315-334). Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio.

Navarro Navarro, J. (2004). *A la revolución por la cultura. Prácticas y sociabilidad libertarias en el país valenciano (1931-1939)*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.

___ (2014). «Sexualidad, reproducción y cultura obrera revolucionaria en España: la revista Orto (1932-1934)». *Arbor*, 190 (769): a175, 1-13. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.769n5014>.

___ (2019). «Reforma sexual, control de natalidad, naturismo y pacifismo. La cultura libertaria trasatlántica en las décadas de 1920 y 1930: *Estudios. Revista Ecléctica* (1928-1937) y su proyección y redes en América». *Historia y Política*, 42, 145-174. doi: <https://doi.org/10.18042/hp.42.06>.

Petisca, V. (2011). «La novela ideal», *Vacaciones en Polonia 6. Utopías literarias*, 60-61.

Santonja, G. (1979). *La novela proletaria (1932-1933)*. Madrid: Ayuso.

___ (1989). *La república de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona: Anthropos.

___ (1994). *Las novelas rojas*, Madrid: ediciones de la Torre.

Sender, R. J. ([1966]1984). *Crónica del alba*, Madrid: Alianza Editorial.

Soriano, I. y Madrid, F. ([2007] 2016). *Antología documental del anarquismo español. Vol. VI.I Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939* (8ª ed. corregida y aumentada). Recuperado de https://riubu.ubu.es/bitstream/handle/10259/3993/Bibliograf%EDa_del_Anarquismo_en%20Espa%F1a_1868-1939.pdf;jsessionid=51011BB0E167D0FF51A3D4CE37789B8F?sequence=1.

Tolstoi, L. ([1898] 2017). *¿Qué es el arte?* Madrid: Eneida.

Tuñón de Lara, M. (1977) *El movimiento obrero en la historia de España* (3 volúmenes). Madrid-Barcelona: Taurus/ Laia (2ª edición).

Vicente Hernando, C. de (2018). «Justo Vives y la literatura obrera». Prólogo a Anselmo Lorenzo, *Justo Vives. Episodio dramático-social*. Madrid: Libros Corrientes, 3-26.